

EL ACTO DEL LIBRO

Entre los libros de la biblioteca había uno, escrito en lengua arábiga, que un soldado adquirió por unas monedas en el Alcana de Toledo y que los orientalistas ignoran, salvo en la versión castellana. Ese libro era mágico y registraba de manera profética los hechos y palabras de un hombre desde la edad de cincuenta años hasta el día de su muerte, que ocurría en 1614.

Nadie dará con aquel libro, que pereció en la famosa conflagración que ordenaron un cura y un barbero, amigo personal del soldado, como se lee en el sexto capítulo.

El hombre tuvo el libro en las manos y no lo leyó nunca, pero cumplió minuciosamente el destino que había soñado el árabe y seguirá cumpliéndolo siempre, porque su aventura ya es parte de la larga memoria de los pueblos.

¿Acaso es más extraña esta fantasía que la predestinación del Islam que postula un Dios, o que el libre albedrío, que nos da la terrible potestad de elegir el infierno?

JORGE LUIS BORGES

TEORÍA DE DULCINEA

En un lugar solitario cuyo nombre no viene al caso hubo un hombre que se pasó la vida eludiendo a la mujer concreta. Prefirió el goce manual de la lectura, y se congratulaba eficazmente cada vez que un caballero andante embestía a fondo una de esos vagos fantasmas femeninos, hechos de virtudes y faldas superpuestas, que aguardan al héroe después de cuatrocientas páginas de patrañas, embustes y despropósitos.

En el umbral de la vejez, una mujer de carne y hueso puso sitio al anacoreta en su cueva. Con cualquier pretexto entraba al aposento y lo invadía con un fuerte aroma de sudor y de lana, de joven mujer campesina recalentada por el sol.

El caballero perdió la cabeza, pero lejos de atrapar a la que tenía enfrente, se echó en pos, a través de páginas y páginas, de un pomposo engendro de fantasía.

Caminó muchas leguas, alanceó corderos y molinos, desbarbó unas cuantas encinas y dio tres o cuatro zapatetas en el aire.

Al volver de la búsqueda infructuosa, la muerte le aguardaba en la puerta de su casa. Sólo tuvo tiempo para dictar un testamento cavernoso, desde el fondo de su alma reseca.

Pero un rostro polvoriento de pastora se lavó con lágrimas verdaderas, y tuvo un destello inútil ante la tumba del caballero demente.

JUAN JOSÉ ARREOLA

DULCINEA DEL TOBOSO

Vivía en El Toboso una moza llamada Aldonza Lorenzo, hija de Lorenzo Corchuelo y de Francisca Nogales. Como hubiese leído novelas de caballería, porque era muy alfabeta, acabó perdiendo la razón. Se hacía llamar Dulcinea del Toboso, mandaba que en su presencia las gentes se arrodillasen y le besaran la mano, se creía joven y hermosa pero tenía treinta años y pozos de viruelas en la cara. Se inventó un galán a quien dio el nombre de don Quijote de la Mancha. Decía que don Quijote había partido hacia lejanos reinos en busca de lances y aventuras, al modo de Amadís de Gaula y de Tirante el Blanco, para hacer méritos antes de casarse con ella. Se pasaba todo el día asomada a la ventana aguardando el regreso de su enamorado. Un hidalgo de los alrededores, un tal Alonso Quijano, que a pesar de las viruelas estaba prendado de Aldonza, ideó hacerse pasar por don Quijote. Vistió una vieja armadura, montó en su rocín y salió a los caminos a repetir las hazañas del imaginario don Quijote. Cuando, confiando en su ardid, fue al Toboso y se presentó delante de Dulcinea, Aldonza Lorenzo había muerto.

MARCO DENEVI

PROPOSICIÓN SOBRE LAS VERDADERAS CAUSAS DE LA LOCURA DE DON QUIJOTE

Don Quijote, enamorado como un niño de Dulcinea del Toboso, iba a casarse con ella. Las vísperas de la boda, la novia le mostró su ajuar, en cada una de cuyas piezas había bordado su monograma. Cuando el caballero vio todas aquellas prendas íntimas marcadas con las tres iniciales atroces, perdió la razón.

MARCO DENEVI

REALISMO FEMENINO

Teresa Panza, la mujer de Sancho Panza, estaba convencida de que su marido era un botarate porque abandonaba hogar y familia para correr locas aventuras en compañía de otro aún mas chiflado que él. Pero cuando a Sancho lo hicieron (en broma, según después se supo) gobernador de Barataria, Teresa Panza infló el buche y exclamó: -Honor al mérito!

MARCO DENEVI

LOS ARDIDES DE LA IMPOTENCIA

Quizá Dulcinea exista, pero don Quijote le hace creer a Sancho lo contrario porque es incapaz de amar a una mujer de carne y hueso.

MARCO DENEVI

CERVANTES

En sueños, su mano tullida escribía el *Antiquijote*.

JOSÉ DE LA COLINA

EN UN LUGAR DE LA MANCHA

Lo cual me recuerda —dijo un tercero— la historia de aquel porquerizo en un lugar de La Mancha. Había aprendido a leer y mitigaba el tedio de la aldea repasando viejas novelas. A fuerza de rehacer en la imaginación sueños ajenos acabó por creerse un caballero andante que iba de un lado a otro de la España corrompida por el oro de Indias.

El porquerizo escribió su delirio como pudo. Había conocido gracias a su trabajo a un recolector de provisiones para la Armada Invencible. Al saber que Cervantes se hallaba preso, le regaló su manuscrito. Si lo encontraba digno de la imprenta quizá al dejar la cárcel podría comer gracias al libro. Sentía afecto por el viejo que en años lejanos había intentado ser poeta, novelista, dramaturgo. Cervantes entretuvo las horas de su prisión reescribiendo los papeles de su amigo. Sancho Panza murió en 1599, sin recordar su obra ni al prisionero. Siete años después Cervantes publicó al fin la novela. Noble y honrado como era, la atribuyó a un inexistente historiador árabe, Cide Hamete Benengeli, y dio el nombre de Sancho al escudero del Quijote.

JOSÉ EMILIO PACHECO

DE CÓMO UNA VACA PINTA OCUPA LA CÁTEDRA DE LITERATURA ESPAÑOLA EN LA UNIVERSIDAD

Un vaquero del rancho «Quijano», encargado de darle pienso al ganado (llenar los bebederos de agua y los comederos de granos y paja) dejó un día, precisamente sobre los forrajes que acababa de servir, su ejemplar de *Don Quijote* que leía y releía en sus cortos ocios y regresó a la casa del rancho sin reparar en el olvido. En el corral la vaca pinta, engullendo la pastura, mordió las hojas del libro y en el bolo alimenticio se mezcló el genio de Cervantes. A la vaca le supo tan bien que no cesó de rumiarlo horas y horas. Con tanta lectura tragada y digerida, es natural que la vaca pinta participara, a poco, en la oposición para ocupar la cátedra de literatura española que ahora sustenta.

PAÚL RENÁN

LA TRABAJOSA PERDURABILIDAD DEL *QUIJOTE*

Muerto Quijano, El Caballero de la Blanca Luna sale a la caza de Avellaneda y otros burladores, acompañado del fiel Sancho. Vencido el impostor, dejan la quema de los ejemplares en manos del cura y el barbero. Entretanto, los duques y Fernando invierten en loas, panegíricos, traducciones y reimpresiones. Montesinos crea en los lectores la ilusión del texto barroco. El canónigo lo torna legible entre los neoclásicos. Dulcinea lo vuelve romántico, y el cautivo, modernista. Cide Hamete Benengeli lo distribuye entre los vanguardistas. Ginés de Pasamonte lo representa como obra surrealista o neorrealista. Altisidora dicta conferencias bajo el título «El *Quijote*, pastiche postmoderno». La sobrina, Teresa Panza, Cardenio y los demás, esperan su turno.

FABIÁN VIQUE

EN UN LUGAR DE LA MANCHA

Tenía las piernas fuertes y musculosas y los brazos velludos; la cara grande y morena de papa recién desenterrada. El corpiño le apretaba el seno opulento y la sofocaba haciéndole salir los colores de las mejillas. Las manos rojas y ásperas como langostas de fregar platos. Toda ella despedía tufo de cebollas.

El ventero aflojaba el cinturón —cincha de asno— y le temblaba el odre de la barriga. Se acostaban en el cobertizo entre las pellejas de vino, las bolas de queso y las piernas de jamón serrano. Él la acometía con ímpetu de garañón —bizqueando el ojo caliente del deseo— mientras ella triscaba briznas de paja con los dientes blancos y caballunos; veía entonces —en las imágenes del recuerdo— al hombre desgarbado y ridículo que le decía palabras (que ella sospechaba amorosas) en un castellano apenas comprensible. Satisfechas las urgencias, se sentaba en el brocal del pozo para trenzarse guirnaldas en la espesa cabellera. El aire traía parpar de panderetas y el rasgueo minucioso de guitarras.

RAYMUNDO RAMOS

LA EMPERATRIZ DEL MUNDO SE CONFIESA

Aldonza siempre tuvo la corazonada de que ese viejo hidalgo — medio *perturbado*, dicen, *por la lectura de maravillas*, cosa que ella no llegaría a hacer nunca, y que la mirara a escondidas, con ojos de león hambriento, no más de *cuatro veces*, según recuerda— la haría famosa, le daría *un nombre músico y peregrino y significativo* y la convertiría en Señora y Soberana no ya de El Toboso, sino de las naciones, y tal vez del cosmos mismo. Pero —y aunque le doliera el sólo pensarlo—, sabía con igual certeza que no amaría al hombre por eso. El único consuelo del que, de tanto en tanto, echaba mano era creer que por la misma razón su loco enamorado sería tristemente famoso en los siglos venideros, más que todos los caballeros andantes juntos.

LUIS CORREA-DÍAZ

¿QUÉ TE PARECE ZORAIDA?

Ya que los imanes rechazaron la edición de mi libro, por considerarlo impío, ¿qué te parece Zoraida, si tu Cide Hamete viaja a Madrid y lo publica haciéndose pasar por el soldado manco que, alojado en nuestra casa de Argel, murió el mes pasado?

ARMANDO JOSE SEQUEPA

DON QUIJOTE Y DULCINEA

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía hace mucho tiempo una bella dama de noble familia. Venía de la Corte, donde, por la dulzura de sus modales, la habían apodado Dulcinea. Complicada en una intriga de espionaje en favor de una corte extranjera temerosa de ser descubierta, se recluyó en aquella aldea manchega, siguiendo (de oídas, pues no sabía leer) el consejo de fray Antonio de Guevara: menosprecio de corte y alabanza de aldea. Fingió pertenecer a la familia de un labrador, a quien remuneró con algunos doblones; vistió ropas comunes, decentes y poco llamativas, y adoptó el nombre de Aldonza Lorenzo.

En la Corte había tenido un enamorado a quien llamaban don Quijote. El caballero fue tras ella y, a fin de pasar inadvertido entre los aldeanos, se hizo llamar Alonso Quijano y reanudó sus amores con aquella a quien ahora nombraban Aldonza. Todo anduvo bien durante un tiempo: Quijano se dedicaba de día a la lectura y de noche a sus amores; Aldonza vivía entregada a su aldeano amador, de quien había llegado a prendarse, y de día solía reunirse con las muchachas del pueblo alrededor de la fuente, para platicar sobre aquello de que suelen platicar las jóvenes.

La simple felicidad de los amantes se enturbió cuando advirtieron que los espías de la Corte estaban tras el rastro de ambos. Dieron entonces con una ingeniosa estratagema. Quijano fingió haber enloquecido y se bautizó a sí mismo con su nombre cortesano de don Quijote; a la vez, proclamó a los cuatro vientos su amor por la garrida Aldonza, llamándola Dulcinea del Toboso.

Los esbirros del Rey rieron con estos disparates de aldeanos ignorantes y abandonaron la búsqueda. Quijano y Aldonza, o si se prefiere don Quijote y Dulcinea, vivieron felices muchos años, olvidados para siempre de los peligros de la Corte.

DAVID LAGMANOVICH

PENSABA SANCHO

Concluido el ciclo de sus aventuras, mientras el buen Quijano yacía en espera de la muerte, pensaba Sancho que tanto esfuerzo debería ser en vano. Se decía: «¿Por qué no habría yo de continuar las hazañas del ingenioso hidalgo? No me lo impiden cuestiones de sangre, pues mi amo me enseñó que cada uno es hijo sus obras. ¿Osaré proseguir su obra? Tal vez algún historiador futuro hablará de la primera salida de Sancho, el sucesor de don Quijote. Si no fuera tan difícil adelgazar...».

DAVID LAGMANOVICH

HABLA ALDONZA

Señora mía Dulcinea, os digo que no. Jamás, ni siquiera en sueños, osaría ocupar el lugar de Su Señoría. El lugar reservado para la egregia dama del Toboso por el caballero a quien llaman don Quijote. Una pobre aldeana ¿se atrevería a competir con dama tan encumbrada? Lo que el caballero dice es cosa de sueños, imaginaciones de un seso trastornado por lo que llaman poesía. Mi mundo, señora, es mucho más humilde; bien sé que las damas y caballeros lo desprecian. En este mundo mío me tocó entretener a mi vecino, el hidalgo Alonso Quijano, quien en las noches solía allegarse a mi lecho para hacer conmigo su voluntad, como los hombres suelen. De esos amores —si amores fueron— nació mi niño, a quien trato de criar en el amor de su madre y el temor de Dios. ¿Advierte vuesa merced cuán diferentes son nuestras circunstancias? Yo nada sé de mundos de caballerías. He sido la barragana de un hidalgo; nunca fui la figura espléndida de un sueño. Ahora don Alonso usa otro nombre, el nombre que a sus imaginaciones conviene. Quién sabe si no me desea todavía, en sus noches célibes y desafortunadas, cuando el alba le quita los deseos de soñar.

DAVID LAGMANOVICH

DON QUIJOTE 2005

1

Don Quijote resucita para celebrar sus cuatrocientos años. Recorre el mundo dando conferencias que coronan los múltiples homenajes del mundo hispanoamericano. No sabe qué hacer con tantos viáticos y honorarios, y los acumula en los bolsillos de su aje de lino beige. Aburrido del constante acoso de admiradores estudiosos, escapa por la puerta de servicio del lujoso hotel de turno y entra a una hamburguesería. Con tantos cócteles y cenas de celebración ha engordado visiblemente. Han tenido que confeccionarle sucesivas armaduras que se adapten a la creciente barriga. Con un fajo de dólares apretado entre sus dedos, se ubica en la fila más corta, evaluando doblar las raciones de queso y papas fritas. «La que se ha perdido Sancho por no acompañarme», murmura y comienza a engullir su italiana especial.

2

Ulula con gran resonancia el teléfono celular de don Quijote, mas el hidalgo no transige y continúa cabalgando su rocín en derecha. Sancho resopla del otro lado de la línea, a Dios rogando que el caballero tenga a bien responder a la llamada que torciera el acechante destino. Dulcinea espera en la puerta de la iglesia con un ramo de orquídeas y exhala un suspiro al ver al caballero aproximarse al galope en lontananza. Viene por la avenida colmada de gentes que lo vitorean agitando banderillas de La Mancha. «Ella no es quien usted cree que es, don Alonso -resuela el fiel escudero-, grandes decepciones le aguardan, mi señor, contestadme por la gracia de Dios.» Don Quijote carga con el rostro iluminado, sin hacer caso de la infernal sonaja.

DIEGO MUÑOZ VALENZUELA

RAZONES SON AMORES

Alonso Quijano, rechazado por la molinera de la aldea, decidió terminar sus días lanzándose contra el molino de viento. Al verlo tan maltrecho el bueno de Sancho, que algo sabía de amores, le puso unas compresas al destartado hidalgo, inventó la aventura de los gigantes y lo demás es historia conocida.

JUAN ARMANDO EPPLE

EL FLACO

Iban recorriendo las extensas avenidas donde fríos edificios repetían su fachada a cada paso. Querían alcanzar algún semáforo, un vehículo, un hombre; pero el reiterado trinar de las bocinas y el palpar anhelante de las ruedas lo impedían.

Los dos hombres se sintieron cansados, desfallecientes, solo cados; sin embargo algunos conductores casi pudieron percibir los. Fue entonces cuando propuso el flaco:

—Vamos, Sancho, que aquí no podrán vernos ni oír nuestras palabras.

ANA MARIA MOPTY DE KIORCHEFF